

— No importa (dijo entonces al page portador del *Adios* de la fugitiva): ensillad vuestro caballo que yo sabré ensillarme el mio.

Y diciendo y haciendo, ensilló en efecto su bridon, y seguido de Luzancy (el page) salió á carrera tendida para San Cloud.

Llega; da con el convento; llama á la allí recién llegada; y como al principio á comparecer se negase, prorumpie en tales amenazas, que al fin la dama se presenta, y cediendo á la adoracion del Monarca, déjase llevar triunfalmente á la corte. Cómo, no lo dice la crónica. ¿Nos será lícito suponer que el Rey la llevase á la grupa de su caballo?

Hay, sin embargo, otra version de la referida aventura, segun la cual, en resúmen tampoco le fué difícil al Rey decidir á su amada á huir con él del convento; pero que difiere en las circunstancias del caso, como vamos á verlo.

Yacia Luisa, (segun la version á que aludimos) sobre las losas del locutorio exterior, abrazada al pié de la Cruz santa, habiendo las religiosas rehusado recibirla. Así la encontró el Monarca, pálida como si ya la muerte la hubiera herido, y oyó de sus labios entre lágrimas y sollozos estas palabras:

— ¡ Busco el sepulcro !

A las cuales replicó el Rey, tambien en llanto anegado:

— Si me amárais, ni quisiérais morir, ni á mí me matárais !

Y arrebatóla en los brazos, y llevósela contra el corazon estrechada, añadiendo:

— He venido resuelto á todo: hasta á quemar el convento!

No era el Rey, sino el enamorado quien así hablaba; y por mas reservas que haya de hacer la filosofía contra el Monarca, y el marido infiel, no puede menos de perdonar aquí al amante, tanto en gracia de la sinceridad del sentimiento que visiblemente le dominaba, cuanto porque la pasion, aun cuando raya en los límites de la demencia, conserva todavía algo de carácter divino.

— No sois ya dueño de Vos mismo! — dijo en aquella ocasion la Reina madre á su hijo.

— Si no lo soy de mí propio — replicó el Rey — sabré serlo de los que ultrajan mi voluntad.

La Princesa Enriqueta, que hasta entonces no acertó á rendirse á la evidencia, incapaz ya de contener ni su cólera ni de ocultar sus celos, exclamó violenta:

— ¡ Cómo! ¡ Esa *coja* se me ha de poner á mí delante! ¡ La criada ha de vencer á su ama!

— Si, contestó Luis: vos sois sin duda la mas hermosa, pero no hay mas hermosura que la que se ama; y yo, señora, no os amo ya.

En resúmen, al cabo de un año de lucha, de pruebas y de lágrimas, la Valliere, dama declarada de Luis XIV, dejando de pertenecer á la servidumbre de la Duquesa de Orleans, tuvo su cuarto aparte y al lado del de la Reina; tan al lado, que Maria Teresa de Austria, para ir á misa, tenia precisamente que pasar por la habitacion de su jóven rival.

Un año próximamente era así trascurrido, de aurora en aurora, todas aun como tímidas, pero ya luminosas; un año de aquel amor para la Valliere eterno y que el corazon del Rey absorbió entero, cuando cierto dia á las doce de la mañana, hora habitual de la misa de la Reina, pasó esta por el cuarto de Luisa, que S. M. sabia hallarse indispuesta.

— ¡ Comó! exclamó Maria Teresa — ¡ cómo, querida! me dicen que estais enferma, y os veo con el lecho sembrado de tuberosas y flor de azahar...?

— Para reconciliar el sueño, Señora... contestó la Valliere.

A la mañana siguiente, corre la voz y llega hasta la Reina de que la vispera habia la favorita dado un hijo á Luis XIV.

— ¡ Imposible! dice Maria Teresa: anteayer la vimos en un baile, y ayer la he visto yo misma, medio dormida, en un lecho de flores de mortífero aroma para una muger en tal estado.

— Con todo eso, Señora, (insistió la Condesa de Soissons) anteanoche ha dado á luz una criatura que S. M. mismo se dignó recibir en sus brazos.

Precisamente en aquel momento aparecióse el Rey, imponiendo silencio con su presencia á todos menos á su esposa, quien después de una breve pausa dijo:

— ¿ Será verdad, Señor, que llevais el amor á vuestros vasallos hasta el extremo de recibirlos cuando vienen al mundo?



Hízose el Rey el desentendido ; y en el instante mismo fué anunciada y presentóse la Valliere, mas bella que nunca, con un traje de baile de nueva y tan primorosa hechura que cautivó la atención de la parte femenina de la concurrencia, desmintiendo así solemne y victoriosamente la voz de la murmuración.

Y sin embargo entonces no calumniaba la murmuración ; pues era verdad que Luisa había dado á luz una criatura la víspera, y en presencia de Luis XIV, mas valiente en aquella jornada que lo fué en la del paso del Rhin.

Volúmenes no bastaran para referir los lances de la increíble novela de aquellos regios amores : contentémonos pues con indicar que la corte, sublevada por la Princesa Enriqueta, tomó toda el partido de la Reina; que nada se perdonó para perder á la Valliere ; y que habiendo en fin la Duquesa de Navailles osado levantar el estandarte de la rebelión, fué desterrada.

Quiso el Rey entonces que su dama tuviera casa propia, y dióle la llamada de *Byron*, que á poco llegó á ser el verdadero palacio del Monarca.

En aquella mansion, estaba un dia Luis XIV á los piés de Luisa, cuando se le ocurrió preguntarla si creía que se pudiese amar mas y mejor que él la amaba.

— Sí (respondió la dama); porque aunque os miro apasionado, amáisme porque os amo ; y he tenido quien hasta la muerte me amara, sabiendo que nunca sería correspondido.

— ¿ Quién era ese hombre ?

— Un simple oficial de Guardias, á quien acaso me destinaba el cielo: pero como su amor no era un crimen, no acerté á corresponderle. Escribíome, estando yo todavía en la servidumbre de la Princesa, algunas cartas, no tan discretas como las vuestras, porque el pobre no disponia de Benserade, pero en cuanto á la pasión obras maestras.

— ¡ Frases! repuso el Rey no sin despecho.

— ¡ Frases! es verdad, Señor, pero la última ha sido una estocada.

— ¿ Qué decis ?

— Digo que esta mañana misma, sabiendo que soy vuestra dama, se ha atravesado el corazón con su propia espada.

— Ha hecho bien — dijo el Rey para concluir — y si yo fuera *simple oficial de Guardias* haría lo mismo.

## VII

La guerra vino á interrumpir con serio y grave paréntesis aquella galante historia.

Antes, empero, de salir al campo, el Rey comunicó á su Parlamento un edicto creando Duquesa de la Valliere á Luisa, y reconociendo á su hija con el título de Mlle. de Blois. Nuestra heroína en vez de envanecerse con aquel título, humilló su cabeza para recibir la ducal corona. — « Tendré « que ocultarme algo mas entre la tierra » ; escribia entonces á su tia.

Creíasele muy dichosa con ser madre de una *Hija de Francia* (1); la verdad era que para Luisa era un tormento proclamar así á la faz de toda la Francia que vivía fuera de las leyes de la moral y de la Iglesia.

Pasó la corte á visitar al Rey al ejército de Flandes, y la Valliere, aunque ni por el Rey ni por la Reina invitada, tomando como todos el camino del campamento, emprendió la jornada mas amante que nunca, y lisongéandose con la esperanza de no apartarse ya de su *Luis* ni aun en los campos de batalla. Tales eran sus propósitos cuando acertó á divisar las tiendas de los Reales, en cuya vista, perdiendo los estribos, como vulgarmente se dice, ó desbocándose su pasión que es lo mismo, dió orden á su cochero para que rebentara si era preciso los caballos, pero llegase al campamento antes que nadie. Y fué así: llegó en efecto la primera; y arrojándose en los brazos del Rey, díjole:

— Desterradme si quereis, Señor: pero que otra vez al menos sienta yo latir vuestro corazón contra el mio!

Escandalizóse en extremo la trashumante corte de tal atentado; trona-

(1) En la antigua monarquía francesa así se llamaba á los que en España *Infantes* : mas parécenos que no alcanzaba tal distinción á los bastardos.



ba llena de cólera la Reina; rebosaba la indignacion en los pechos de las damas todas, y mas que en el de ninguna en el de cierta recién casada, ex-camarista de la Princesa Enriqueta, que mirando enternecida á la Reina, decia:

— Dios me libre de ser dama del Rey; pero si tal desgracia tuviese, jamás llegaría mi descaro á adelantarme á la Reina!

La que así hablaba era la Marquesa de Montespan que muy pronto habia de *ponérseles delante* á su Reina y á la misma la Valliere.

¿Pintaré los postreros descoloridos rayos de aquel sol de amor próximo ya á ponerse en Dios, como todas las pasiones profundas que violentamente funden el alma en el corazón?

La noche del martes de carnaval del año 1671 habia baile de máscaras en la corte. — ¿Porqué y para qué la máscara? — Ya el Rey no se ocultaba, y la Montespan por su parte se habia quitado, mucho tiempo hacia, la careta. Placiale á su carácter camorrista, triunfar estrepitosamente y á la luz del día; envaneciase de ser dama del Rey, como este de haber pasado el Rhin. — « Ser dama del Rey, decia, ¿no es decir que soy la mas hermosa, y que tengo el mundo á mis piés? »

Pero volviendo á la máscara, aquella noche el Rey buscando en vano á la Valliere, quitó la careta á mas de una Duquesa, envanecida tal vez de haber pasado un instante por la favorita, aunque lo fuese ya engañada. Al día siguiente supo S. M. que Luisa se habia retirado al convento de las Religiosas de Santa María: pero en vez de *ensillar* un caballo, como lo hizo en San German, mandó primero al conde de Lauzun, que volvió solo; y despues á Colbert que trajo consigo á la fugitiva.

Al verla lloró otra vez Luis XIV como en los buenos tiempos de aquella gran pasion.

— ¡Llorais! le dijo Luisa con su encantadora sonrisa; llorais, y sin embargo si me negara á venir con Colbert, no me hubiérais enviado un tercer Embajador!

Razon tenia la Duquesa de la Valliere: aquellas lágrimas eran las últimas de la ternura de Luis XIV, cuyo corazón, ya insensible á los novelescos sentimientos de la juventud, hubo menester nada menos que tan inesperada fuga para conmoverse apenas.

## VIII

Por mas desinteresada que apareciese la Valliere, por mas que se dijera que *amaba por amar solamente*, negábase el mundo á creer que su pena por la pérdida del amante, fuera tan grande á no ser el Rey á quien perdía. Puesta así en duda su sinceridad, « cierto es que se esconde entre la » yerba (se decia), mas es para ocultar su ambicion »; y juzgándola en todo severamente, mirábase sus fugas al claustro como meros artificios. Madame de Sevigné escribiendo á su hija le decia: « La Duquesa de la Valliere » no habla ahora de reclusion ninguna: bastante es con haberlo dicho: » su doncella se la ha echado á los piés para que tal no hiciese: ¿Quién resiste » á eso? » Mme. de Sevigné mudó de estilo cuando fué á visitar en las Carmelitas á Sor Luisa de la Misericordia.

Entretanto la Marquesa de Montespan reinaba con violencia « abusando » de tal modo de su triunfo, nos dice Madame de Caylus, que afectaba » servirse de ella (la Valliere) como de una criada, cuya maña alababa diciendo que no se encontraba nunca bien ataviada si *ella* no daba la » última mano al tocado y vestido! Prestábase á tal papel la Valliere, con » el celo que pudiera una sirvienta cuya suerte dependiese del agrado » de su señora; y en cambio la Montespan, mas avisada, burlábase de ella » públicamente, la trataba muy mal, y obligaba al Rey á que hiciese otro » tanto. Para ir al cuarto de la Marquesa era preciso pasar por el de la » Valliere, á quien S. M. tomó por costumbre echar un perrillo que » tenia, llamado *Malicia*, diciéndola: « Tened, señora, ahí os dejo esa » compañía que para vos es bastante. » Lo mas cruel del caso consistia en » que el Rey no hacia mas que pasar por allí para ir á ver á la Montespan. »

Pero Luisa de la Valliere, absolutamente entregada á su amor, á su pena, y á su arrepentimiento, soportaba paciente tantos ultrajes, dejando decir al mundo, y tornando á Dios los ojos.

Pidióle el Rey por entonces su retrato; y ella, llamando á Mignard para que lo hiciese, quiso que la pintara en figura de *Magdalena*:

— ¡De Magdalena, sí! — decia — pero por mas que yo le-



vante mis culpables labios no bajarán hasta ellos los piés del Señor!

Resuelta, en fin, á sepultarse definitivamente en la oscuridad del claustro, eligió por confidente á Bossuet, quien desde luego comenzó sin duda á componer la oracion fúnebre de aquel corazon pronto á renunciar á la mundana vida, para renacer en la eterna. A la verdad Luisa comprendia sin duda, que su sacrificio no podia llamarse ya tal realmente, pues que habiéndola el Rey dejado de amar, el convento iba á ser para ella un refugio que la eximiera de ver á su rival triunfante, hollando bajo la desdeñosa planta las imágenes de lo pasado.

Despidióse la Valliere de toda la corte, incluso el Rey, que no solo no lloraba ya entonces, sino que ni ver llorar queria.

¿ Quién hubiera dicho á Luis XIV cuando amaba locamente á la Valliere, cuando ensillaba él mismo su caballo para correr á buscarla á San Cloud, y ni aun cuando ya no enviaba en pos de ella á Chaillot mas que á su ministro Colbert; quién le hubiera dicho que habia de llegar un dia en que se asomara á la ventura con la Montespan para ver marcharse, y para siempre y camino de la tumba, á la más bella, á la mas amada de sus favoritas? — Así aconteció, no obstante; y si la Duquesa de la Valliere hubiera alzado los ojos al subir por la vez postrera en su carroza, habria visto al Rey y á su nueva dama, divirtiéndose en contemplar aquel espectáculo, como si á una comedia de Moliere asistiesen.

Ah! si Moliere viviera aun! ¡ Ingenio, que tan bien como él conocia á los amantes y las enamoradas, cuán bello desenlace no hallara en aquel suceso para una intriga galante!

Un siglo mas tarde, de la historia de la Valliere al partir para el claustro habia de hacerse una segunda edicion. Luis XV que, jugando á los naipes, ve partir á la Pompadour para su entierro, exclama indiferente: « Mal tiempo le hace á la Marquesa para su viage! »

Así acaban los amores de los Reyes — y de los hombres!

## IX

*Aquí yace, la Duquesa de la Valliere!* — Salió de ella misma otra muger únicamente conocida con el nombre de Sor Luisa de la Misericordia. Voltaire nos habla de su conversion en los términos siguientes:

« Hizose Carmelita y perseveró. Vestir el cilicio, andar descalza, ayunar rigorosamente, pasar las noches en el coro cantando en un idioma desconocido, todo eso no bastó á desanimar la delicadeza de una muger acostumbrada á tanta gloria, á tanta molicie y á tantos placeres. En tales austeridades vivió desde 1674 hasta 1710, bajo el solo nombre de Sor Luisa de la Misericordia. A un Rey que de ese modo castigara á una muger culpable, le llamaríamos un tirano; y así, no obstante, se han castigado á sí mismas, por haber amado, infinitas mugeres. »

Segun Sainte-Beuve, la vispera de dejar la corte cenó la Valliere en el cuarto de la Montespan, queriendo apurar el cáliz hasta las heces, *saborear*, como dice Bossuet, *las inmundicias del siglo*, hasta el último extremo de su amargura. Al dia siguiente, 20 de abril de 1674, oyó la misa del Rey que iba á marchar al ejército; después pidió perdon de rodillas á la Reina por las ofensas que la habia hecho; y montando en seguida en su carroza, encaminóse á las Carmelitas del arrabal de St. Jacques (Santiago), donde ya la esperaba, tendido en la carrera, inmenso gentío de pueblo. Al entrar en el convento arrojóse á los piés de la superiora, diciendo: — « Madre mia, hice siempre tan mal uso de mi voluntad que vengo á renunciarla en vuestras manos. » En seguida, sin aguardar el dia de comenzar su noviciado, y el mismo que entró en el convento, hizose cortar el cabello, admiracion un tiempo de cuantos de su persona han hablado ó escrito. No quiso aquel árbol hechicero esperar al término de la sagrada estacion, en su afan de despojarse de su postrer corona.

Treinta años y no mas tenia al entrar en el claustro la dama de Luis XIV.